

Bruno Nicolás D'Andrea OAR

**«En el único Cristo somos uno»
Espiritualidad agustiniana
en el corazón de la vida**

Prólogo

De viaje con Agustín y sus «hijos»

El día en el que el nuevo papa se asomó al balcón de las bendiciones y pronunció su primer discurso, un discurso que no sería impropio definir programático, pensé en mis alumnos con una sonrisa, que, asombrados, habrían reconocido tras esas palabras los pasajes de Agustín sobre la paz que habíamos comentado juntos en clase solo el día anterior. Imagino que Bruno N. D'Andrea sintió el mismo asombro al constatar que, en ese discurso, y también en otros posteriores, León XIV centraba su reflexión en los mismos puntos fundamentales del pensamiento agustiniano en los que llevaba tres años trabajando para llevar a buen puerto este valioso libro.

No es de extrañar, sin embargo, que el Espíritu Santo, siendo realmente Él quien obra en el cónclave, haya llamado al trono de Pedro a un «hijo de Agustín». En los momentos peligrosos que atraviesa el mundo moderno, entre las mil olas que amenazan la nave de la Iglesia, hacer resonar de nuevo la voz del gran Hiponense podía ser una respuesta eficaz a las inquietudes del momento.

Agustín puede considerarse sin duda un gigante del pensamiento y uno de los padres reconocidos de la cultura

occidental, pero fue también y sobre todo un hombre totalmente inmerso en la realidad de su época, agudamente consciente de los mil problemas que la afligían, diariamente comprometido en la interacción con los acontecimientos humanos, políticos y teológicos que la atravesaban. Psicólogo muy refinado, animado por una ansiedad por la verdad que lo acompañó toda su vida, Agustín siempre trató de entrar en diálogo con la complejidad de su tiempo, convirtiéndose en interlocutor de una inquietud con la que él mismo se había enfrentado primero.

El carácter esencialmente dinámico de su reflexión, tan sensible y reactiva a los cambios de circunstancias y a las cuestiones que se planteaban en cada momento, se ofrece naturalmente como modelo para las preguntas y dudas del hombre moderno, ya sea creyente o no creyente. Este último encontrará en él la explicación de sus preguntas más profundas y la orientación de un camino intelectual en gran medida compartible; aquel añadirá a ello muchas respuestas y la indicación de la meta escatológica a la que aspirar.

Agustín comparó a menudo la vida del hombre, pero también la de toda la Iglesia, con un «viaje», una *peregrinatio* que apunta hacia el destino final en Dios. Reconoce en el amor la energía que impulsa, orienta y atrae al hombre, el amor hacia Dios, pero también hacia el prójimo. Precisamente esta atención al «prójimo», según su modo de ver, da valor y sentido a la vida aquí abajo: porque solo en la unión con todos los hermanos el hombre puede dirigirse hacia su fin, solo en un compartir arraigado

en la caridad puede aspirar a la ciudad celeste, solo en el *Christus totus* puede salvarse. De hecho, no hay otra manera de ascender al cielo que participando en el cuerpo del único que descendió del cielo, es decir, Cristo (Jn 3,13).

La reafirmación de esta específica perspectiva agustiniana nos ayuda quizás a comprender mejor, en el escrito del profesor Bruno N. D'Andrea, la repetición de algunas palabras que constituyen la clave de bóveda de toda la arquitectura: amor/caridad, humildad, compartir, búsqueda, verdad, viaje, Cristo.

Palabras que, como se comprende bien al leer el texto, implican tanto la dimensión vertical, la elevación hacia Dios, como la horizontal, remitiendo a aquellos comportamientos en los cuales se podrá realizar el progreso y la escatología. Casi como una prueba más de que Agustín no fue, como algunos quieren pintarlo, un teólogo encerrado en su solitario pensamiento, sino más bien un hombre de carne y hueso, sinceramente interesado en los valores y problemas de nuestra *peregrinatio* terrena y muy consciente de su importancia.

Estos son, en pocas palabras, los temas centrales que se encuentran en el breve, pero denso volumen que estamos presentando. Es casi un «viaje» en compañía de Agustín, en diálogo continuo con su obra citada, evocada, revivida.

No utilizo este último término al azar. De hecho, por un lado, el autor deja resonar la *ipsissima vox* del obispo de Hipona a través de innumerables referencias a sus escritos, siempre citados con gran pertinencia y precisión;

por otro lado, invita a considerar cómo su pensamiento se ha convertido en levadura y fermento en la vida de la Iglesia, no solo antigua, sino también reciente, como nos sugiere, con feliz intuición, la frecuente referencia a él de los tres últimos pontífices, Benedicto XVI, Francisco y León XIV, de los que se citan puntualmente varias intervenciones.

En definitiva, un encuentro con un autor del pasado para interrogarnos sobre la vida actual, para reflexionar sobre nosotros mismos y nuestro tiempo.

Buen viaje y buena lectura a todos.

Elena Zocca

*Profesora titular de Historia del Cristianismo
Sapienza Università di Roma*

Presentación

Como se podrá comprender mejor más adelante, en este libro propongo una introducción sencilla a la espiritualidad agustiniana con el motivo de dar a conocer la riqueza del pensamiento y de la vida de san Agustín, que no deja de atraer la atención de hombres y mujeres de todos los tiempos.

El libro, además de contar con una introducción y un breve epílogo, se divide en otras tres grandes partes: «Tres acompañantes», «Una búsqueda», «En el corazón de la vida». A lo largo de la lectura propongo un mismo hilo conductor a partir de las metáforas de la *búsqueda* y de la *peregrinación*, así como se encontrará en el *acompañamiento* una temática transversal a tener en cuenta para caminar eclesialmente. En cualquier caso, quisiera dejar hablar a san Agustín. Evitaré el lenguaje erudito e intentaré que lo escrito pueda ser llevado a espacios de formación de la mente y el corazón y también a momentos de oración. Por eso, en muchas ocasiones buscaré que nos hagamos preguntas procurando responderlas en la escucha del Maestro interior. En definitiva, quisiera colaborar con la creación de ambientes y tiempos para desarrollar la sabiduría de la mente y del corazón que no es otra cosa que la actualización de un empeño profundamente agustiniano.

Así podremos discernir los modos y las oportunidades en que se puedan encarnar valores evangélicos y orientaciones agustinianas *en el corazón de la vida*. Sin duda alguna, esta era la pretensión última de la doctrina espiritual y la actividad pastoral de san Agustín.

Finalmente, agradezco a todos aquellos que me estimulan en la búsqueda de un mayor conocimiento y de una más amplia difusión del pensamiento y de la espiritualidad de san Agustín. Pienso especialmente en todos aquellos que forman la gran familia agustiniana. Asimismo, mi gratitud a la profesora Elena Zocca por la elaboración del prólogo, así como por sus bien recordadas clases en el Pontificio Instituto Patrístico *Augustinianum*. En ellas encontré no solo competencia al tratar con la vida y la doctrina del obispo de Hipona, sino también una profunda admiración por él que a su vez yo alimento hoy personalmente.

28 de agosto de 2025, Solemnidad de San Agustín

Introducción

«En el único Cristo somos uno»

La elección del Cardenal Robert Prevost, ahora Papa León XIV, supuso una gran alegría para quienes conocemos y estudiamos la vida y la obra de Agustín de Hipona. Generó entusiasmo e inquietud el hecho de que el nuevo Pontífice se haya presentado en su primer saludo al mundo como «hijo de san Agustín». En muchos lugares y en el inmenso ambiente digital comenzaron a surgir preguntas e interrogantes en torno a la familia agustiniana. ¿Quién es san Agustín? ¿En qué se ha destacado? ¿A qué tipo de vida religiosa ha dado origen con el carisma que supo difundir?

De hecho, en la eucaristía de inicio del Pontificado, al inicio de su homilía citó una de las más conocidas frases de san Agustín, una de aquellas que expresa muy bien su camino espiritual: «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»¹. Más adelante, antes de concluir, también evocó palabras del Hiponense que no son otra cosa que aquellas que conformaban su lema episcopal: «En el Único somos uno

1. *conf.* 1,1.

(*in illo uno unum*)»². Texto tomado de un comentario a los salmos de san Agustín que encierra más que un deseo; expresa un proyecto de vida cristiana: pertenecer al cuerpo de Cristo y conservar la unidad en el amor.

Todo esto nos estimula a *dar a conocer la espiritualidad agustiniana a la altura de este tiempo*. No solo porque el Papa León XIV seguramente nos ilustrará con su conocimiento acerca de este gran Padre de la Iglesia de Occidente, sino porque ciertamente el itinerario espiritual de Agustín y sus ricas dimensiones nos puede ofrecer orientaciones certeras para crecer en la fe, la esperanza y el amor. Se trata de un patrimonio de valor inestimable perteneciente a la gran tradición de la espiritualidad cristiana que todavía hoy muchos desconocen. Quisiéramos con nuestro escrito ayudar a colmar dicho desconocimiento.

Busquemos juntos

Para san Agustín el hombre debe buscar crecer tanto en la ciencia como en el amor, es decir, en el conocimiento de todo aquello que lo conduce a la felicidad verdadera y en la caridad que es amor de Dios y del prójimo. Aquel Agustín de las *Confesiones*, su obra más leída, apasionado por la verdad y convertido al amor de Dios, nos propone buscar, leer, preguntarnos, indagar... En definitiva, la vida cristiana es también *renovación y formación permanente de la mente y el corazón*.

2. *en. Ps.* 127,3.

De hecho, este libro está pensado para que *busquemos juntos*, o al menos, para que seamos más conscientes de que caminamos juntos en la búsqueda de lo que nos hace felices, de aquello que nos da la paz y llena el corazón y que, además, puede ayudarnos también a promover dicha paz y a hacer que otros sean felices.

Para san Agustín esto era algo fundamental. Y se puede constatar en algunos de sus escritos y sermones. Por ejemplo, en la obra *De la utilidad de creer (De utilitate credendi)*, un escrito dirigido a un amigo maniqueo, Agustín ofrece preciosos datos biográficos que nos permiten ver cuánto deseaba alcanzar la verdad y cómo buscaba hacerlo junto a otros³:

«Presiento –dice Agustín– que esta esperanza de que juntos, ustedes conmigo, llegaremos a poseer el camino de la verdad, será más que esperanza con el auxilio de aquel a quien estoy consagrado (...)».

Y continúa más adelante:

«No me abandonará, pues, el Señor si soy sincero, si me conduce el deber, si amo la verdad, si aprecio la amistad, si es hondo mi temor de que llegues a errar»⁴.

3. Para conocer la vida de Agustín: cf P. BROWN, *Agustín de Hipona*, Ed. Acento, Madrid 2011; N. CIPRIANI, *Los Dialogi de San Agustín. Guía para su lectura*, Ed. Agustiniana, Madrid 2017; J. G. ÁLVAREZ (ed.), *san Agustín. Aproximaciones a su vida, obras y acción pastoral*, vol. 1, Ed. Agustiniana, Madrid 2017.

4. *util. cred.* 4.

El error es un obstáculo en la búsqueda de la verdad, aunque luego podamos aprender de la experiencia de equivocarnos. Además, el error es algo que no queremos para los amigos y la verdad, por el contrario, es un bien para ellos.

Hermosa clave es la de tener en cuenta la amistad para la búsqueda de la verdad. De hecho, la invitación al amigo es la de reconocer que el camino hacia la verdad no es fácil y requiere la purificación del alma y la compañía de los amigos:

«Afirmo que nuestra alma, aprisionada y hundida entre el error y la insensatez, anda buscando el camino de la verdad, si es que la verdad existe. Si en ti no sucede así, perdóname y comunícame tu sabiduría; pero si también en ti descubres lo que acabo de decir, entonces vamos juntos en busca de la verdad»⁵.

En muchos de sus sermones el obispo Agustín dirá a sus fieles «¡busquemos juntos! (*simul quaeramus*)»⁶. Se trataba de una invitación a buscar el significado de las verdades más hondas acerca de Dios y del hombre, especialmente en la Palabra de Dios. Por ejemplo, en uno de sus sermones, dialogando con quien le escuchaba, de forma directa decía:

5. *util. cred.* 14.

6. cf. s. 53, 13; 380, 5.

«Busquemos ambos, pidamos consejo los dos. Lo tenemos abundante. No el de un sabio, sino el de la Sabiduría misma»⁷.

Como vemos, Agustín estaba convencido de que la Sabiduría divina, el mismo Cristo, está esperando darse a quienes buscan unidos la verdad. De este modo, podemos pensar que para nosotros también se nos presenta en san Agustín una invitación a *buscar las respuestas en el Maestro interior* y no siempre fuera de nosotros, como solemos hacer:

«Las enseñanzas que provienen del exterior no son más que ciertas ayudas y advertencias. Quien tiene su cátedra en el cielo es quien instruye los corazones. Por eso dice también él mismo en el evangelio: *No permitan que los llamen maestros en la tierra; el único maestro de ustedes es Cristo*. Así, pues, que él os hable interiormente, cuando no está presente ningún hombre. Porque, aunque haya alguien a tu lado, nadie hay en tu corazón. Que no haya nadie en tu corazón, que esté solo Cristo; esté en tu corazón su Unción, para que no se halle como corazón sediento en el desierto y sin fuentes que lo rieguen. Quien instruye, pues, es el maestro interior; quien instruye es Cristo, quien instruye es su inspiración»⁸.

7. s. 60, 5.

8. ep. Io. tr. 3,13.

Caminemos juntos

Ahora bien, recordemos que para san Agustín el hombre es un *peregrino* que camina hacia su verdadera patria, hacia «la casa de Dios», pero que no camina solo, sino acompañado de sus hermanos que tienen su «tienda» en la Iglesia⁹. En este camino, que podemos llamar comunitario, se busca crecer, avanzar, dar sentido a la vida, o mejor aún, encontrar su sentido en el hondo misterio de su Creador.

El peregrino intuye el origen, lo recuerda, pero por las muchas dificultades se pierde o se desvía del camino que le traza el medio más útil con el que cuenta, su hoja de ruta: *la Palabra de Dios*. Ante esto, los hermanos en la fe son de gran ayuda. En la *verdadera amistad* –valor importantísimo para san Agustín– la búsqueda se hace más llevadera, se gana tiempo y se pierden menos energías o, en otras palabras: caemos en la cuenta de que no debemos cargar con todo el peso de la búsqueda, de que somos acompañados y podemos descansar en los descubrimientos y los progresos de los otros.

Es cierto también que el mundo de hoy nos impide ver las ventajas de hacer un recorrido en que pongamos nuestros talentos, energías, logros y éxitos en común. La misma herida del pecado nos recuerda que tenemos que lidiar con un gran problema: el egoísmo o la autoreferencialidad. La realidad nos lo demuestra. Ciertamente, cuando no caminamos juntos es porque lo hacemos

9. Cf *en. Ps.* 41,9.

separados. Es en ese momento en el que llegamos a la dura constatación de que se han separado los intereses, los motivos fundantes, los corazones. Las distancias se agrandan y pareciera ser que solo un desastre natural o un colapso a escala mundial, como las guerras, las pandemias, etc., las pueden volver a acortar.

La invitación de san Agustín cobra mucha actualidad. Caminar y buscar juntos es un antídoto ante cualquier ceguera que nos impida ver que no se avanza de verdad si no es con el otro, con la creación, con Dios.

Hoy la realidad nos grita que estamos íntimamente conectados, se trata de una verdad que nos puede unir y quizá sea el mejor punto de partida para una auténtica búsqueda en común. Agustín muy probablemente suscribiría esto y nos animaría a avanzar por ese camino. No podría menos quien dijo alguna vez:

«Que la verdad no sea ni tuya ni mía, para que sea de ambos (*ueritas nec mea sit propria, nec tua, ut et tua sit et mea*)»¹⁰.

Siempre inquietos

¿Qué haría san Agustín hoy, en este mundo globalizado e interconectado en todos los sentidos? Seguramente viviría su juventud o su adultez como casi todos los jóvenes o los adultos lo hacen: probablemente estudiaría o tendría

10. *en. Ps.* 103,2,11. Cf B. N. D'ANDREA, «Disposición dialógica y acceso a la verdad en Agustín de Hipona», en *Ciud-Ra* 234/3(2021), 817-845.

su trabajo, pasaría tiempo con familiares y amigos, etc. Es cierto que son conjeturas, pero no caben dudas acerca de un aspecto particular de su vida, que quizá sí lo haría diferente respecto de muchos de nosotros: se trata de la *búsqueda inquieta* de la verdad.

El papa Francisco ha dicho que tres han sido las inquietudes fundamentales de Agustín: la inquietud de la búsqueda espiritual, de la verdad y del amor¹¹. El corazón insatisfecho y lleno de interrogantes de san Agustín, tal como lo conocemos por sus *Confesiones*, estaba inquieto por Dios, la verdad y el amor, de hecho, buscaba amar y ser amado de verdad¹².

No podemos decir que todos nosotros y nuestros próximos estemos comprometidos con la búsqueda apasionada de la verdad y del amor, pero sí es cierto que no faltan quienes sí lo están. Razonablemente podemos pensar que san Agustín se encontraría dentro de este grupo.

Su corazón insatisfecho lo impulsaba a buscar respuestas a grandes preguntas, más allá del lugar en el que se encontrase (Tasgaste, Madaura, Cartago, Milán, Roma... solo por mencionar los lugares importantes de su biografía). Él siempre buscaba, seguramente porque su corazón le pedía conocer más, tanto acerca de las preguntas importantes para todos los seres humanos —¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos?—, así como

11. PAPA FRANCISCO, *Homilía del Santo Padre Francisco*, miércoles 28 de agosto de 2013.

12. Se pueden leer con provecho bajo esta clave especialmente los libros 2, 3, 4 y 8 de *Las Confesiones*.

acerca de esos interrogantes que tienen que ver con uno mismo *¿quién soy yo? ¿quién quiero ser? ¿hacia dónde va mi vida?*

En este sentido, creo que, más allá de las cosas que pudieran verse desde fuera, es decir, más allá de lo que Agustín hiciera o dejara de hacer hoy en las redes sociales, en la Universidad o en su trabajo, él estaría buscando, con todas sus energías, la verdad de su propia vida.

El Papa Francisco, evocando también a san Pablo VI, al hablar de esta sana inquietud o inquietud insatisfecha, ponía de ejemplo a san Agustín:

«El amor de Dios y nuestra relación con Cristo vivo no nos privan de soñar, no nos exigen que achiquemos nuestros horizontes. Al contrario, ese amor nos promueve, nos estimula, nos lanza hacia una vida mejor y más bella. La palabra “inquietud” resume muchas de las búsquedas de los corazones de los jóvenes. Como decía san Pablo VI, “precisamente en las insatisfacciones que los atormentan [...] hay un elemento de luz”. La inquietud insatisfecha, junto con el asombro por lo nuevo que se presenta en el horizonte, abre paso a la osadía que los mueve a asumirse a sí mismos, a volverse responsables de una misión. Esta sana inquietud que se despierta especialmente en la juventud sigue siendo la característica de cualquier corazón que se mantiene joven, disponible, abierto. La verdadera paz interior convive con esa insatisfacción profunda. San Agustín decía: “Señor, nos

creaste para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti”»¹³.

El mismo Jesús fue un inconforme. Y san Agustín se dio cuenta de la novedad de su mensaje: Cristo quería cambiar la relación entre Dios y los seres humanos, restaurarla, y del mismo modo, ayudar a recomponer las relaciones entre ellos mismos.

Novedad y verdad, he aquí dos palabras que expresan muy bien el camino realizado por san Agustín. Tanto la novedad del mensaje de Jesús en su vida, como la verdad que le abrió los ojos, hicieron que dedicara su vida al servicio de los demás, provocando en ella un giro que reorientó su vida; un cambio que modificó profundamente sus proyectos. Ahora bien, no hubo lugar para arrepentimientos, como puede comprobarse con el testimonio de su vida. El Papa Francisco lo expresaba muy bien:

«No hay que arrepentirse de gastar la juventud siendo buenos, abriendo el corazón al Señor, viviendo de otra manera. Nada de eso nos quita la juventud, sino que la fortalece y la renueva: “Tu juventud se renueva como el águila” (*Sal* 103,5). Por eso san Agustín se lamentaba: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Tarde te amé!”»¹⁴.

13. PAPA FRANCISCO, *Christus vivit* 38.

14. PAPA FRANCISCO, *Christus vivit* 17.

Este tipo de testimonio nos invita a reflexionar al mejor modo agustiniano, es decir, *regresando al corazón*¹⁵, sobre el propio camino que decidimos hacer, con mayor o menor conciencia, cada vez que nos ponemos de pie día tras día, ¿con qué frecuencia nos preguntamos sobre nuestras verdaderas inquietudes? Agustín, de hecho, decía: «Regresa a tu conciencia e interrógala»¹⁶. Se trata de una invitación a preguntarnos por las «verdades» que, a veces, no son las que creemos poseer. ¿Cuáles son las preguntas que hoy mueven nuestra vida (no ayer ni antes de ayer, sino hoy)? Y si no hay preguntas, ¿a qué creemos que se debe? ¿Nos damos tiempo para pensar y ahondar en nuestro mundo interior? ¿Qué realidades ahogan nuestra capacidad de hacernos preguntas importantes?

En el corazón de la vida

Con esta expresión queremos subrayar que lo que se diga aquí en este libro representa uno de los valores más importantes de la espiritualidad de Agustín. La búsqueda espiritual se realiza *en el corazón de la vida*, no fuera, no mirando hacia atrás o mirando hacia delante como si el presente no tuviera su propio valor, por el contrario, para san Agustín es lo que realmente está en nuestras manos cambiar con la ayuda de Dios.

Por otra parte, la vida misma podemos decir que es «inquietud», es decir, movimiento permanente y lleno

15. Cf *conf.* 4,18.

16. *ep. Io. tr.* 8, 9.

de valor. Por eso la palabra *búsqueda* se ajusta muy bien a la dinámica existencial y espiritual de cada ser humano, lo sepa o lo ignore: para san Agustín el hombre es *cor inquietum*, corazón inquieto que busca reposo, descanso, donde «ser» verdaderamente y no depender más que del amor fundante que hace descansar de toda fatiga.

La vida entonces es inquietud, atendida o desatendida, esto es, dinamismo vital que reconocemos y aceptamos, o ignoramos, o rechazamos como tal. Quizá en esto Agustín, como compañero de camino, nos ayude a hacer más comprensible y ameno el viaje. Porque él mismo se supo reconocer de «corazón inquieto», y en vocabulario agustiniano esto quiere decir «ser humano inquieto», hombre lanzado a la existencia siempre en tensión de búsqueda de verdad, amor, libertad y paz.

La vida, en su corazón, en la entraña de cada uno de sus días, es el itinerario del viaje, y es de la misma manera el lugar y el tiempo del *camino del corazón*, ese que «no es un camino constituido por lugares, sino por deseos»¹⁷.

En este libro se tratará de descubrir, en las pistas agustinianas que constituyen el entramado del mismo, orientaciones que no tienen que ver con «el más allá», aunque puedan relacionarse con él, sino con «el más acá», con el corazón de la vida: el acontecer de nuestros días y de los días de nuestro prójimo, que camina con nosotros.

17. *doctr. chr.* 1,16.

Índice

Prólogo.....	7
Presentación.....	11
Introducción.....	13
TRES ACOMPAÑANTES.....	25
Dios Padre, fuente de la vida.....	27
Cristo, maestro y mediador de vida.....	37
Espíritu Santo vivificador.....	53
UNA BÚSQUEDA.....	69
Deseo, búsqueda y felicidad.....	71
Invocación, confesión e identidad.....	79
Acompañados y acompañantes.....	87
Gracia y gratitud.....	97
EN EL CORAZÓN DE LA VIDA.....	113
Cuaresma y Pascua.....	115
Amar y ser amado.....	129
El verdadero sacrificio.....	139
Vence tus miedos: la ayuda de los amigos.....	147
Alegres y humildes.....	159
	293

Fragilidad, perdón y vida fraterna.....	169
Seis valores en clave agustiniana.....	179
Compartir es más que repartir.....	199
Una imagen para el servicio.....	211
Evangelizar en el camino.....	227
«Si predicas, predica por amor».....	239
Peregrinos alegres en la esperanza.....	255
A modo de epílogo.....	277
Bibliografía selecta.....	287